

El grabado

The book is rigidly suppressed by the authorities of most countries, and by all branches of organized ecclesiasticism. Reading leads to terrible consequences.
H.P. Lovecraft.

David Armando Córdova Prado*

El libro lo encontré perdido entre una marea de volúmenes similares, cuyas diferencias eran notables únicamente para el ojo educado del anticuario. Recuerdo maravillarme ante la sorpresa que me causó, al no poder dilucidar mi fascinación; sólo ahora sé que estaba destinado a nuestro encuentro. Un hado tanto más terrible que el de la caída del ángel favorito, marcada antes del tiempo, puesto que yo no contaba con la potestad que le permitió escoger. Me hallaba ante una casualidad inexpugnable.

La pequeña librería no era más que una partícula perdida en uno de los muchos bancos de arena de un desierto abandonado. Fue el mismo calor insoportable de las tardes, cuando el sol desciende como el acero, el que me obligó a tomar refugio en el pequeño establecimiento. En mi ciudad son pocos los lugares que desconozco, ese era uno de ellos. Lamentarme por el encuentro resultaría, además de inútil, un lugar común. Las paredes despintadas y sin ventanas no daban una pista de lo que se encontraría dentro. Solamente la puerta abierta y el mostrador visible me orientaron. Deambulé por los pasillos un largo rato, primero con desinterés, más tarde con intriga. A mis lados se alzaban enormes estantes con libros de diversos tipos. Retiraba una obra para observar sus pastas, abrirla, consultar su nombre y regresarla a su lugar. Tratados, novelas, vademécums, poemarios, atlas; todo en diversos idiomas, tamaños, edades. Fue después de este vaivén lento que mis ojos cayeron sobre él.

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Españolas en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Chihuahua.**

**No sé si la
reclusión me llevó
a la locura o si la
locura me llevó a
la reclusión. No le
doy importancia.
El libro me tomó
y lentamente se
convirtió en el
centro de todos mis
pensamientos.**

Tomé el volumen. Ni muy grande ni muy pequeño, precariamente encuadernado en una sombra monocromática y resguardado por el polvo, eterno compañero del conocimiento. Me lo llevé sin revisarlo, envuelto en un éxtasis desconocido. Apenas y tuve que pagar por él, las facilidades me abrieron el camino. No lo examiné de forma inmediata, habrían de pasar meses antes de que lo hiciera. Comencé por teorizar su contenido, por añorarlo, recordarlo de un tiempo anterior a mi consciencia. Se presentaron ante mí todas las posibilidades, las sopesé una por una. Ninguna me preparó para lo que encontraría.

No sé si la reclusión me llevó a la locura o si la locura me llevó a la reclusión. No le doy importancia. El libro me tomó y lentamente se convirtió en el centro de todos mis pensamientos. Abandoné el trabajo, las lecturas, incluso las comidas prescindibles. Mi vida se convirtió en el ejercicio teórico de aquella obra. No podía abrirlo, no sabría explicar el por qué. Se transformó en el ídolo de un dios celoso. Fui buen fiel, me comporté como devoto asceta.

Como dije, imaginé muchas cosas, desde el diario más mundano hasta la revelación más íntima. Sentí que ninguna me desilusionaría. Sería el fin de un tormento que consumía mi entendimiento. Y, sin embargo, fui incapaz de abrirlo. Realicé varios intentos, mis manos jamás se atrevieron a levantar la pasta, quizá para bien, aunque sólo retrasaran lo inevitable. El proceso se repitió innumerables veces, otorgarle una cifra al tiempo no me es posible. Tampoco lo considero necesario, para todos los fines, se trató de algo perpetuo. Y, aun así, la espera terminó.

Cuando finalmente me decidí, le encontré sorprendentemente ligero, más de lo que recordaba. Mis manos se pasearon sobre su lomo, acariciándolo lentamente, como un amante temeroso y sin experiencia. Expulsé el polvo de su portada con un leve soplo, me detuve asustado. Levanté la tapa y puse mis ojos dentro de su intimidad. La primera página, como es de esperarse, estaba vacía. Eso me dio ánimos que antes no tenía, continué. En la siguiente aparecieron símbolos que, a falta de un mejor término, llamaré caracteres. No les reconocí, mucho menos fui capaz de descifrarlos. Creo recordar signos similares en mi infancia, cuando un viejo amigo de mis padres me mostró un pergamino en sánscrito. Las similitudes eran muchas, aunque también pudo tratarse de una escritura del Cáucaso, que observé con asombro alguna vez en una enciclopedia. En

cualquier caso, fue mi incapacidad de comprensión lo que desató mi curiosidad.

El texto se prolongaba página tras página, sin descanso. Pasé mis dedos sobre el papel, sobre la tinta. No estaba seguro si la caligrafía la había producido un escriba o una máquina. Ambas posibilidades me atormentaban de igual forma: la del ser que con paciencia ilimitada haya trazado aquellas perfectas líneas, la de la máquina que hubiera puesto en el mundo cientos de copias similares. Seguí preguntándome maravillado, hasta que al dar una vuelta de hoja me encontré con el grabado.

Lo observé detenidamente apenas un instante. Intuí que había otros varios grabados diferentes decorando el libro, yo no pude verlos más, quedé ciego tras poner mis ojos en la imagen. Aquello que vi, a pesar de no estar seguro de qué se trataba, fue suficiente para entender que ninguna otra figura podría igualársele, que todas las demás cosas serían apenas un esbozo de lo que se apareció en el papel, quiero creer que esa es la razón por la que no me queda nada más que oscuridad. Describirlo sería inútil, no pienso haberlo comprendido lo suficiente para hacerlo. Sin embargo, algunas líneas figuraron ciertas cosas que me eran muy similares, que parecían ser, salvo detalles, la misma esencia cotidiana. Otras representaron seres que no habría imaginado ni en mis peores pesadillas, pero en el centro de todo lo que emergió pude entrever un rostro de cuya existencia dudé bastante tiempo.

No me di cuenta de mi nueva condición hasta mucho después, había quedado paralizado por la impresión de la tinta planchada en la página. Cuando me recuperé no sentí miedo, sino alivio. Agradecí ser incapaz de leer el texto que se encontraba acompañando al libro de los grabados. Si ver una imagen me quitó la vista, no quiero pensar en qué habría sucedido al descifrar el mensaje oculto en sus páginas, prefiero no hacerlo, a pesar de que la curiosidad me aqueje de forma ocasional.

Originalmente pensé dejarme morir de hambre sobre mi silla y con el volumen en las manos. Al cuarto día, tras soportar la sed abrumadora y el cansancio, después de pensar sin detenerme todo ese lapso, decidí que no podía permitírmelo: alguien eventualmente descubriría mi cadáver, junto con el texto. Me arrastré dificultosamente gracias a mi nuevo estado con aquella calamidad entre mis manos. Como pude me repuse de mis males, ingerí un poco



de alimento y salí de mi morada, creo que por primera vez en semanas tras haber dejado mi empleo. Con el libro a mi espalda, dejándome al cuidado de las sombras y sin estar seguro de lo que buscaba, emprendí el camino.

Me encontraron unos meses más tarde, no quiero revelar las circunstancias ni el lugar. Mi familia había notado mi ausencia, organizaron una búsqueda. Me interrogaron sobre mi desaparición, no revelé nada entonces, a eso debieron atribuir mi locura. No la discuto, agradezco la paz que he encontrado dentro de estas paredes. En cuanto al libro, me deshice de él; ahora solamente quedan sus cenizas escondidas entre otros miles de granos de arena. Sé que su contenido estaba reservado para alguien, sé que su mensaje algún día sería descifrado, pero no soporté la vergüenza de que ese no fuera mi destino.

Ya no temo lo que le sucedería a quien lo encontrara después sin ser su destinatario, las siguientes manos que lo tomaran también estarían condenadas. He cumplido con mi parte, he liberado al mundo de su presencia. Aquellos caracteres, aquellos trazos, están más allá de mí y de todos ahora, dibujándose eternamente a manos del viento. A pesar de todo, no puedo perdonarme haber dañado un libro.

**Me encontraron
unos meses
más tarde, no
quiero revelar las
circunstancias ni el
lugar.**